

# Diálogo con Fernández Figueroa sobre el Tradicionalismo

JUAN Fernández Figueroa, mi caro amigo, escribió en *INDICE* un ensayo sobre el tradicionalismo. Sorprende que quien es alma de la revista de la comprensión universal rompa precisamente aquí su comprensivo espíritu. Después de torcer su "nariz espiritual" ante "el olor" o "la caspa" del tradicionalismo, y de hilvanar una serie de juicios despectivos sobre "el talante" o "el gesto" tradicionalista, se declara por "un funcionalismo político leal a la variabilidad de la vida". Y termina su párrafo: "Quizá Vázquez de Mella defendiera algo por el estilo (un tradicionalismo que ayude a lo vivo); no lo sé. Pido disculpa".

Yo, personalmente y en la parte que me toque, no otorgo esa disculpa, ni creo que pueda hacerlo por la sencilla razón de que lo estimo indisculpable.

IMAGINEMOS que se me brindase invitación u oportunidad para hablar, por ejemplo, de Aragón o sobre el alma aragonesa. Y que escribiera yo algo por este estilo: "de los tres aragoneses que en mi vida he tratado, uno era vano y petulante, otro torcido y egoísta, otro cruel y malintencionado. Recomiedo a los aragoneses que se curen de su petulancia, de su doblez y de su crueldad". Y que a continuación confesara mi ignorancia de la cuestión y pidiese disculpa. Si tal hiciera, no tendría ninguna esperanza de ser disculpado: me consideraría en el deber de rectificar, en pecado ante el viejo reino aragonés y ante cada uno de sus hijos.

UNA VEZ me contaron cómo en una residencia universitaria femenina un grupo de muchachas de distintas nacionalidades se entretuvieron una tarde en contar por turno chistes políticos de sus respectivos gobiernos, en los que resultaba agravado su jefe de Estado y ridiculizados los supuestos políticos de su régimen. Al cabo del repertorio sólo quedaba por oír a la inglesa. Había cierta expectación por ver a Su Graciosa Majestad y a las instituciones británicas en el papel que se había hecho correr a las demás soberanías.

—¡Oh, no!—contestó ella al tener que hablar—. Ya se supone que yo no podría. Es que vosotras sois, en esto, pueblos salvajes. Yo no puedo ni concebirlo.

Confieso que me dio una envidia muy grande.

Pero, ¿qué puede saber de esto quién, en su no muy larga vida, ha conocido cuatro o cinco regímenes totalmente insolidarios entre sí, quien ha vivido en el cambio "en el escarnecimiento de lo establecido como norma? Dice Platón en el Mito de la Caverna que los encadenados desde su infancia en aquel antro oscuro odiarían la luz y serían presa de furor si alguien se la mostrase de pronto o les hablase de eso que nunca vieron.

ES PARA MI una de las más claras pruebas de la verdad y divinidad del cristianismo la forma fácil como se adapta a todas las mentalidades, a todos los ambientes. Hay un catolicismo conceptual y refinado, propio de los teólogos, los filósofos y los místicos; hay también un catolicismo supersticioso, incoherente, casi idólatrico, propio de gentes muy rudas e ignorantes. Entre uno y otro, una gama infinita de modos de ver, de sentir y de vivir el hecho religioso. El catolicismo no es, ciertamente, una religión de intelectuales, ni es tampoco una fe ciega, de espíritus primarios. Es de todos. Declaro que algunas de estas formas de religiosidad, su ambiente y sus categorías mentales, me inquietan, incluso me repugnan. Nunca me atrevería, sin embargo, a criticar al cristianismo en sí a través de ellas, ni mucho menos a abjurar de él por causa de ellas. Antes al contrario, creo descubrir en esa fuerza de adaptabilidad a toda mente y a todo corazón humano una prueba histórica de su divinidad.

Cuéntase del cardenal Ilundain que, cuando fue elevado a la silla episcopal de Sevilla, quedó tristemente impresionado por el ambiente que rodeaba a la Semana Santa sevillana, por la densa ignorancia religiosa que la sostenía, por las rivalidades de imágenes, por su espectacularidad profana. El arzobispo navarro no podía ver aquello más que como idolatría, casi como sacrilegio. Parece que pensó en suprimir o en cercenar muchos de sus aspectos más típicos. Sin embargo, más tarde comprendió que en todo aquello había un algo de religiosidad sincera; que era el eco de la fe en gentes profundamente ignorantes; que era esa ignorancia religiosa lo que había que atacar y no la manifestación de esa fe por desviada y absurda que pareciera.

A todo movimiento amplio, sea en el tiempo o en el espacio, le acontece algo de lo que he observado, de forma eminente, en el cristianismo. La adaptabilidad de una idea o de una fe a las diversas mentalidades y ambientes es siempre un índice de su verdad. El tradicionalismo posee esta cualidad en forma destacada. No puede ser idéntico el tradicionalismo de un profesor universitario, tal vez convencido a través de los libros, que el de un soldado carlista, o el de un grupo de beatas de un pueblo, que lo profesan por adición familiar. Lo que en un caso es un sistema de ideas, es en otro una carga emocional y en otro una especie de fe con fuerte dosis sentimental. Pretender alcanzar una vivencia única o global de estos infinitos modos de responder psicológica y ambientalmente a una misma realidad ideológico-histórica es empresa desmesurada, quizá contradictoria. Y es patente injusticia el juzgar al tradicionalismo—como a cualquier otro contenido objetivo de sentido—a través de una de estas vivencias singulares o locales.

LLEGADOS a este punto, parece obligada la pregun-

## EL RIGOR Y EL TALANTE

por Rafael GAMBRA

El recuadro "Tradición y vida" que *INDICE* incluyó en su número 150-51, firmado por J. Fernández Figueroa, tuvo buena o mala fortuna, según se mire: fue objeto de comentarios polémicos en diversas publicaciones. Aquí damos el que nos envió en su día don Rafael Gambra, en forma de "carta abierta", y con buenas razones, según el lector verá.

ta: ¿qué es entonces el tradicionalismo como contenido objetivo, fuera de sus gestos y sus talentos humanos? Cabe una respuesta negativa, una demostración por ausencia. Tradicionalismo es eso que falta en su gobernación a la mayor parte de los países occidentales, en razón de lo cual su vida política es un constante y estéril recomenzar sobre ideaciones nuevas, y su principio de soberanía se ve carente de continuidad, perpetuamente disputado y discutido.

Cabe dar a esta pregunta otra formulación quizá más clara y significativa: ¿Cuál es en su origen la motivación que provocó la actitud tradicionalista? ¿Qué es ser tradicionalista? La respuesta, aunque parezca paradójica y pugne con el concepto hirsuto y empecinado que tiene de él Fernández Figueroa, es muy sencilla: ser tradicionalista es, justamente, no ser nada.

Trataré de explicarlo. Un español de cualquier época anterior al siglo XIX era tradicionalista en el sentido de que afirmaba unas instituciones políticas y corporativas en las que vivía, que consideraba propias o respetaba al menos, que habían crecido y evolucionado en un proceso histórico por vía de respuesta o adaptación a la realidad. Reconocía también un principio de soberanía que suponía anclado en el origen de los

tiempos. Cuando en 1812 un grupo de ciudadanos se erigieron en Asamblea Constituyente y acordaron otorgar una nueva estructura a la sociedad, creando de paso un nuevo poder, no histórico ni sagrado, sino constitucional, hubo otros muchos ciudadanos que no se creyeron investidos de tal potestad y prefirieron seguir gobernándose según el orden y la soberanía establecidos. Esos hombres, simplemente, no fueron "eso", "eso que se inventaba entonces"; no fueron nada. Naturalmente, en esa actitud había una lealtad interior, o, al menos, una humildad personal que les vedaba erigirse en autores de un orden nuevo o en demolidores de otro en el que siempre habían vivido. De esta humildad originaria, y a causa de haberse instaurado la Revolución como modo permanente de gobierno, nació otra humildad, la que Alvaro d'Ors llama "humildad de ser parcial". Esto no excluye que, como en todas las épocas, muchos de estos hombres fueran reformistas sobre tales o cuales instituciones, incluso sobre la forma de ejercerse la soberanía.

A algunas veces he pensado que en este origen tan poco hisido del tradicionalismo radica el fenómeno de que los intelectuales más comprensivos con cualquier contenido ideológico dejen de serlo sólo ante el tradicionalismo. Las Cortes de Cádiz fueron una asamblea de "ilustrados" planificadores; las dos Repúblicas se presentaron como regímenes de profesores e intelectuales; el marxismo es la aplicación de una teoría económica superintelectual, de cátedra. Sólo el tradicionalismo es la vida misma, el gobierno de todos, o, mejor dicho, de cada uno en su casa y de Dios en la de todos. A estas alturas, se comprende que un intelectual sólo pueda verlo como un cercenamiento de atribuciones, como un carabinero vería la supresión de las aduanas.

POR SUPUESTO, amigo Juan, el tradicionalismo ha ayudado siempre a la vida, o ha pretendido hacerlo. A una vida en la que existe Dios y la ley natural, pero que es vida en definitiva y es, además, la única que hay. En el presente, cada día oímos hablar de un "liberalismo trasnochado", o de "un fascismo incapaz de evolución". Esto se explica fácilmente: las teorías, como son seres abstractos, no vivos ni históricos, se petrifican y acaban matando la evolución. Sólo el tradicionalismo es desarrollo vital, desarrollo vital con estructura—como todo ser vivo—, y con finalidad supra-histórica.

La monarquía tradicional duró en nuestra patria más de mil años. Ciertamente no eran iguales las instituciones ni las mentalidades de la Castilla de San Fernando y de la España de Carlos III, pero Fernando VII podía llamar su predecesor, con toda propiedad, a Don Pelayo o a Favila, al que mató un oso. En esa evolución está implicado nuestro Siglo de Oro y las mayores empresas de la Humanidad. Pero en ese milenio no hubo tradicionalistas expresos porque no hubo Constituyentes ni minorías redentoras. ¿Cómo explicaríamos, si no fuese así, que los países más tradicionales de Occidente (en su poder o en sus estructuras) sean a la vez los más progresivos y evolucionados? ¿Cómo explicar que en nuestra misma patria las zonas más tradicionalistas en sus costumbres, ideas, y en su misma organización foral, sean también las más prósperas y más libres?

LA MOTIVACION que he descrito es la objetivamente inicial u originaria de la actitud tradicionalista. Ello no quiere decir, sin embargo, que a lo largo del tiempo y de los ambientes no se haya complicado con otras muchas motivaciones y actitudes. Ya indiqué que todo amplio movimiento histórico tiene tantas formas de recibirse y exonerarse como individualidades lo profesan, y que su verdad suele ser proporcional a su adaptabilidad a todas las mentes y ambientes. Y coincido—en esto sí—con Juan Fernández Figueroa en no gustarme ciertos modos de concebir y de expresar el tradicionalismo, modos que, a mi manera de ver, lo empuñan y falsean.

El hecho de la prolongación durante más de un siglo de la protesta tradicionalista contra los regímenes de opinión y de proyecto ha creado en su seno—en algunos de sus ambientes—la conciencia de poseer un depósito de fórmulas o soluciones perfectas, algo así como una panacea universal o verdad íntegra frente a un mundo de errores y de maldades. Esa actitud se conoce en España con el nombre de integrismo, especie de puritanismo de las ideas, que se extiende tanto al terreno político como al religioso y al moral. Menéndez Pelayo, que era profundamente tradicionalista en su actitud, sentía y expresaba, como se sabe, una verdadera intolerancia hacia el integrismo. Y en el seno del tradicionalismo político, la actitud integrista ha permanecido siempre más o menos disgregada o en lucha con la carlista.

Volviendo al artículo de Fernández Figueroa: Yo no tendría nada que oponer a un enjuiciamiento peyorativo de determinadas actitudes psicológicas o ambientales dentro del tradicionalismo. Incluso sería también opinable la cuestión de si el tradicionalismo español como grupo humano ha sido o no digno de su misión histórica, si permanece o no fiel a ella. Cuestiones de opinión y de "talante". Lo que estimo inadmisibles es esa trasposición desde una consideración psicológica o ambiental—humores y actitudes—del tradicionalismo humano e histórico, hasta un juicio sobre el tradicionalismo como contenido objetivo, realidad ésta que tiene unos límites conceptuales claros y una motivación histórica muy concreta. Cuestión de rigor intelectual, del cual, a pesar de su condición de orador, tenía mucho Vázquez de Mella.

## NACIONES UNIDAS TRADUCTORES AL ESPAÑOL

En mayo de 1962, las Naciones Unidas celebrarán en varias ciudades, entre ellas Madrid y Ginebra, exámenes de aptitud para el cargo de traductor al español.

Los aspirantes deben ser nacionales de Estados Miembros de las Naciones Unidas, tener el español como idioma materno, poseer un título universitario o la adecuada experiencia profesional, un dominio completo del inglés y un buen conocimiento del francés o del ruso.

El lugar de destino eventual será Nueva York. Los traductores ingresan de ordinario con un nombramiento a prueba y un sueldo bruto inicial de 7.500 dólares (neto 6.130 dólares). Al cabo de dos años de servicios satisfactorios, pasan a la categoría inmediata superior en que el sueldo bruto es de 9.300 dólares a 12.800 dólares (sueldo neto de 7.460 dólares a 9.870 dólares). Los candidatos de excepcional y probada experiencia en este tipo de trabajo pueden ingresar directamente en esta última categoría. Además de dichos sueldos, se pagan ajustes por aumento del costo de la vida y, en su caso, subsidios familiares y de educación. Los funcionarios quedan afiliados a una caja de pensiones y disfrutan de licencias en su país de origen.

Los interesados en presentarse a estos exámenes pueden obtener información detallada y formularios de inscripción enviando un sobre de 16 por 23 centímetros, con su propia dirección a

Organisation des Nations Unies  
Division du Personnel  
Traducteurs espagnols (Bureau 266)  
Palais des Nations  
Ginebra, Suiza

Los formularios debidamente llenados deberán llegar a la Sede de las Naciones Unidas, Nueva York, el 28 de marzo de 1962 a más tardar.